

## CAJA FUERTE

### 1

El día dos de diciembre de un año en que un granjero insignificante de Georgia estaba haciendo negocios en la Casa Blanca, uno de los grandes hoteles turísticos de Colorado ardió hasta sus cimientos. El Overlook fue declarado siniestro total. Después de una investigación, el jefe de bomberos del Condado de Jicarilla decretó que la causa fue una caldera defectuosa. El hotel estaba en cierre invernal cuando ocurrió el accidente, y solo había cuatro personas. Tres sobrevivieron. El cuidador de fuera de temporada del hotel, John Torrance, murió en un fallido (y heroico) esfuerzo para bajar la presión del vapor de la caldera, que había ascendido a altos y fatales niveles debido a una válvula de escape no operativa.

Dos de los supervivientes fueron la esposa del cuidador y su hijo pequeño. El tercero fue el chef del Overlook, Richard Hallorann, que había dejado su trabajo de temporada en Florida y venido a ver a los Torrance a causa de lo que llamó 'una poderoso palpito' de que la familia estaba en problemas. Los dos adultos supervivientes resultaron gravemente heridos durante la explosión. Solo el niño resultó ileso.

Físicamente, al menos.

### 2

Wendy Torrance y su hijo recibieron una propuesta de acuerdo extrajudicial de la corporación dueña del Overlook. No era muy grande, pero suficiente para mantenerlos durante los tres años en que ella no pudiera trabajar a causa de daños en la espalda. Un abogado al que consultó le dijo que si quería resistir y jugar fuerte, podría conseguir mucho más, porque la corporación estaba ansiosa por evitar llegar a los tribunales. Pero ella, como la corporación, solo quería dejar atrás ese invierno desastroso en Colorado. Descansaría, dijo, y lo hizo, aunque los dolores de espalda la molestaron hasta el fin de su vida. Las vértebras dañadas y las costillas rotas se curan, pero nunca dejan de chillar.

Winifred y Daniel Torrance vivieron en el Medio Sur durante un tiempo, y luego se fueron a Tampa. A veces Dick Hallorann (el de los poderosos palpitos) venía de Key West para visitarlos. Para visitar al joven Danny en especial. Compartían un vínculo.

Una mañana de principios de marzo de 1981, Wendy llamó a Dick y le preguntó si podía ir. Danny, dijo, la había despertado de noche y le había dicho que no fuera al baño.

Después de eso, se había negado a decir nada más.

### 3

Se despertó con ganas de hacer pis. Fuera soplaban un viento fuerte. Era cálido – en Florida casi siempre lo era – pero no le gustaba el sonido, y suponía que nunca le gustaría. Le recordaba al Overlook, donde la caldera defectuosa había sido el menor de los peligros.

Él y su madre vivían en un apartamento en el segundo piso de un bloque atestado. Danny salió de la pequeña habitación al lado de la de su madre y cruzó el hall. El viento soplaban en ráfagas

y una palmera agonizante del lateral del edificio repiqueteaba sus hojas. Sonaba como a esqueleto. Siempre dejaban la puerta del baño abierta cuando nadie estaba utilizando a ducha o el baño, porque la cerradura estaba rota. Esta noche la puerta estaba cerrada. No porque su madre estuviera dentro. A causa de los daños en la cara que había sufrido en el Overlook, ahora roncaba – un suave sonido como quip-quip – y podía oírlos salir de su habitación.

Bueno, la ha cerrado por despiste, eso es todo.

Pero ya lo sabía, incluso entonces (era poseedor de poderosos pálpitos y intuiciones él también), pero a veces tenías que saber. A veces tenías que *ver*. Esto era algo que había descubierto en el Overlook, en una habitación del segundo piso.

Alargando un brazo que parecía demasiado largo, demasiado elástico, demasiado deshuesado, giró el pomo y abrió la puerta.

La mujer de la habitación 217 estaba allí, como sabía que ocurriría. Estaba sentada en el inodoro con las piernas abiertas y sus pálidos muslos resaltando. Sus pechos verdosos colgaban como globos deshinchados. El parche de vello bajo su estómago era gris. Sus ojos también eran grises, como espejos de acero. Le miró, y sus labios se estiraron hacia atrás en una sonrisa.

*Cierra los ojos*, le había dicho una vez Dick Hallorann. *Si ves algo malo, cierra los ojos y dite a ti mismo que no está ahí y cuando los abras de nuevo, habrá desaparecido.*

Pero no había funcionado en la habitación 217 cuando tenía cinco años, y no había funcionado ahora. Lo sabía. Podía *olerla*. Estaba en descomposición.

La mujer – sabía su nombre, se llamaba Sra. Massey – se movió con pesadez sobre sus pies violetas, alargando sus manos hacia él. La carne de sus brazos colgaba, casi de una forma líquida. Sonreía del modo en que lo haces cuando ves a un viejo amigo. O, quizá, algo bueno para comer.

Con una expresión que podría haberse confundido con tranquilidad, Danny cerró la puerta con suavidad y retrocedió. Miró cómo el pomo giraba a la derecha... izquierda... derecha de nuevo... y luego se detuvo.

Ahora tenía ocho años, y fue capaz de tener al menos un pensamiento racional incluso en el terror. En parte porque, en una parte profunda de su mente, había estado esperando esto. Aunque siempre había pensado que sería Horace Derwent quien aparecería algún día. O quizás el barman, al que su padre llamaba Lloyd. Suponía que debería haber sabido que sería la Sra. Massey, aún así, incluso antes de que ocurriera finalmente. En parte porque de todas las cosas no muertas del Overlook, ella había sido la peor.

La parte racional de su mente le dijo que era solo un fragmento de una pesadilla que no recordaba que le había seguido a través del sueño y había cruzado el pasillo al baño. Esa parte insistió en que si abría la puerta de nuevo, no habría nada allí. Seguro que no habría nada, ahora que estaba despierto. Pero otra parte de él, una parte que *esplendía*, lo sabía. El Overlook no había terminado con él. Al menos uno de sus espíritus vengativos le había seguido hasta Florida. Una vez él había se había encontrado a esa mujer despatarrada en una bañera.

Ella se había levantado y había intentado estrangularle con sus malolientes (pero terriblemente fuertes) dedos. Si abría la puerta del baño ahora, terminaría el trabajo.

Cedió poniendo la oreja sobre la puerta. Al principio no escuchó nada. Luego escuchó un sonido suave.

Uñas muertas arañando la madera.

Danny entró en la cocina sin sentir las piernas, se subió en una silla e hizo pis en el fregadero. Luego despertó a su madre y le dijo que no entrara al baño porque había algo malo allí. Una vez hizo eso, volvió a la cama y se hundió en las sábanas. Quería quedarse allí para siempre, solo levantándose para orinar en el fregadero. Ahora que había avisado a su madre, no tenía interés en hablar con ella.

Su madre ya estaba familiarizada con lo de no hablar. Había ocurrido después de que Danny se hubiera aventurado en la habitación 217 del Overlook.

- ¿Hablarás con Dick?

Tumbado en la cama, mirándola, asintió. Su madre llamó, aunque eran las cuatro de la mañana.

Al día siguiente, vino Dick. Trajo algo con él. Un regalo.

#### 4

Después de que Wendy llamara a Dick – se aseguró de que Danny la escuchara hacerlo – Danny volvió a dormirse. Aunque ahora tenía ocho años y estaba en tercer curso, se estaba chupando el pulgar. A ella le dolió verlo hacer eso. Fue a la puerta del baño y se quedó mirándola. Tenía miedo – Danny había hecho que tuviera miedo – pero tenía que ir, y no tenía intención de utilizar el fregadero como lo había hecho él. La imagen de cómo se la vería, balanceándose en el borde de la encimera, con el culo colgando sobre la porcelana (incluso aunque no hubiera nadie allí para verla), le hizo arrugar la nariz.

En una mano tenía el martillo de su pequeña caja de herramientas de viuda. Mientras giraba el pomo y abría la puerta del baño, lo levantó. El baño estaba vacío, por supuesto, pero la tapa del inodoro estaba bajada. Nunca la dejaba así antes de ir a dormir, porque sabía que si Danny entraba, solo despierto al diez por ciento, podía olvidarlo y orinar encima. Además, había un olor. Uno malo. Como si hubiera una rata muerta dentro de la pared.

Dio un paso, luego el segundo. Vio movimiento y se giró, con el martillo levantado, para golpear a quien

(o lo que)

estuviera escondiéndose tras la puerta. Pero solo era su sombra. Asustada de su propia sombra, a veces la gente se burlaba, ¿pero quién tenía más derecho que Wendy Torrance? Después de las cosas que había visto y pasado, sabía que las sombras pueden ser peligrosas. Podían tener dientes.

No había nadie en el baño, pero había una mancha desvaída en el asiento del inodoro y otra en la cortina del baño. Lo primero que pensó fue en excrementos, pero la mierda no era de un violeta amarillento. Miró más de cerca y vio pedazos de carne y piel podrida. Había más en la alfombra, con forma de huellas. Pensó que eran demasiado pequeñas – demasiado *delicadas* – para ser de un hombre.

- Oh, Dios – susurró.

Acabó utilizando el fregadero, después de todo.

## 5

Wendy sacó a la fuerza a su hijo de la cama al mediodía. Consiguió que tomara algo de sopa y medio bocadillo de mantequilla de cacahuete, pero luego volvió a la cama. Todavía no hablaba. Hallorann llegó poco después de las cinco de la tarde, tras el volante de su antiguo (pero perfectamente mantenido y deslumbrantemente pulido) Cadillac rojo. Wendy había estado frente a la ventana, esperando y mirando como una vez había esperado y mirado para su marido, esperando que Jack llegara a casa de buen humor. Y sobrio.

Bajó aprisa las escaleras y abrió la puerta justo cuando Dick iba a tocar el timbre marcado como TORRANCE 2A. Él extendió sus brazos y ella se abalanzó sobre ellos, deseando que la abrazara durante al menos una hora. O puede que dos.

Él lo permitió y la tomó entre sus brazos por los hombros. - Tienes buen aspecto, Wendy. ¿Cómo está el hombrecito? ¿Ya habla?

- No, pero hablará contigo. Incluso si no lo hace en voz alta al principio, puedes... - En lugar de terminar, hizo una pistola con un dedo y apuntó a su frente.

- No necesariamente – dijo Dick. Su sonrisa reveló un brillante par de dientes postizos. El Overlook se había llevado la mayoría del último set en la noche en que estalló la caldera. Jack Torrance balanceó el mazo que se llevó las prótesis de Dick y la habilidad de Wendy de andar sin cojear, pero ambos entendían que había sido el Overlook.

- Es muy poderoso, Wendy. Si quiere bloquearme, lo hará. Lo sé por experiencia. Además, será mejor si hablamos utilizando la boca. Mejor para él. Ahora cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Después de hacerlo, Wendy lo llevó al baño. Había dejado las manchas para que las viera él, como un policía preservando la escena de un crimen para el equipo forense. Y *había* habido un crimen. Uno contra su hijo.

Dick miró durante bastante rato, sin tocar, y luego asintió. - Veamos si Danny está levantado y en condiciones.

No lo estaba, pero el corazón de Wendy se iluminó por la mirada de alegría que afloró al rostro de su hijo cuando vio quien estaba sentado a su lado en la cama y apretándole el hombro.

*(eh Danny te he traído un regalo)*

*(no es mi cumpleaños)*

Wendy les miró, sabiendo que estaban hablando pero sin saber de qué iba.

Dick dijo: - Levántate, cariño. Vamos a hablar en la playa.

*(Dick ella ha vuelto la Sra. Massey de la habitación 217 ha vuelto)*

Dick le dio otro apretón a su hombro. - Habla en voz alta, Dan. Estás asustando a tu mamá.

Danny dijo: - ¿Cuál es mi regalo?

Dick sonrió: - Eso está mejor. Me gusta escucharte, y a Wendy también.

- Sí – fue todo lo que se atrevió a decir. De otro modo escucharían lo temblorosa que tenía su voz y se preocuparían. No quería eso.

- Mientras salimos, quizás querrías limpiar tu baño – le dijo Dick -. ¿Tienes guantes de cocina?

Ella asintió.

- Bien, pónelos.

## 6

La playa estaba a tres kilómetros. El parking estaba rodeado de atracciones de pacotilla frente al mar – concesiones de churros, puestos de perritos, tiendas de souvenirs – pero estaban al final de la temporada, y nadie estaba teniendo muchas ventas. Tuvieron la playa casi por entero para ellos. En el paseo desde el apartamento, Danny había sostenido su regalo – un paquete oblongo, bastante pesado, envuelto en papel plateado – en su regazo.

- Podrás abrirlo después de que hablemos un poco – dijo Dick.

Caminaron sobre las olas, donde la arena estaba dura y reluciente. Danny caminaba despacio, porque Dick era bastante mayor. Algún día moriría. Puede que pronto.

-Quiero durar unos cuantos años más – dijo Dick -. No te preocupes por eso. Ahora cuéntame lo de anoche. No te dejes nada.

No le llevó mucho tiempo. La parte difícil habría sido para explicar el terror que sintió, y cómo estaba mezclado con una sofocante sensación de certeza: ahora que le había encontrado, nunca se iría. Pero como era Dick, no necesitó palabras, aunque encontró algunas.

- Volverá. Sé que lo hará. Volverá y volverá hasta que me atrape.

- ¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Aunque sorprendido por el cambio de dirección, Danny asintió. Había sido Hallorann quien hizo para él y sus padres la ruta guiada en su primer día en el Overlook. Parecía que había pasado mucho tiempo.

- ¿Y recuerdas la primera vez que hablamos dentro de tu cabeza?

- Pues claro.

- ¿Qué dije?

- Me preguntaste si quería ir a Florida contigo.

- Correcto. ¿Y cómo te hizo sentir, saber que ya no estabas solo? ¿Que no eras el único?

- Fue genial – dijo Danny -. Fue tan genial.

- Sí – dijo Hallorann -. Sí, por supuesto que lo fue.

Caminaron en silencio durante un rato. Pequeños pájaros – píos, les llamaba la madre de Danny – corrían sobre las olas.

- ¿No te pareció divertido, cómo aparecí cuando me necesitabas? - Miró desde arriba a Danny y sonrió -. No. No lo fue. ¿Por qué iba a serlo? Solo eras un niño, pero ahora eres un poco mayor. Mucho mayor en algunos sentidos. Escúchame, Danny. El mundo tiene una forma de mantener las cosas equilibradas. Creo eso. Hay un dicho: Cuando el alumno esté listo el profesor aparecerá. Yo fui tu profesor.

- Fuiste mucho más que eso – dijo Danny. Tomó la mano de Dick -. Fuiste mi amigo. Nos salvaste.

Dick ignoró esto... o eso pareció. - Mi abuela también tenía el esplendor - ¿recuerdas que te lo dije?

- Sí. Dijiste que tenáis largas conversaciones sin abrir siquiera la boca.

- Correcto. Ella me enseñó. Y fue su bisabuela la que le enseñó, hace mucho, en los tiempos de la esclavitud. De algún modo, Danny, llegará tu turno de ser el profesor. El alumno llegará.

- Si la Sra. Massey no me atrapa antes – dijo Danny malhumoradamente.

Llegaron a un banco. Dick se sentó. - NO me atrevo a ir más allá, podría no poder volver. Siéntate a mi lado. Quiero contarte una historia.

- No quiero historias – dijo Danny -. Ella volverá, ¿no lo entiendes? Ella volverá y volverá y volverá.

- Cierra la boca y abre las orejas. Aprende algo – Luego Dick sonrió, mostrando sus brillantes nuevos dientes -. Creo que lo entenderás. Eres de todo menos estúpido, querido.

## CAPÍTULO UNO

### BIENVENIDOS A TEENYTOWN

Después de Wilmington, lo de beber a diario se acabó.

Había estado una semana, a veces dos, sin tomar nada más fuerte que un refresco light. Se había despertado sin resaca, lo cual estaba bien. Se había despertado sediento y hecho polvo – *anhelante* – algo que no estaba tan bien. Luego había llegado una noche. O un fin de semana. A veces era un anuncio de Budweiser en televisión que lo accionaba – jóvenes sin tripa cervecera, tomándolas frías tras un partido movido de voleibol. A veces pasaba al ver a una pareja de mujeres atractivas tomando unas copas después del trabajo en el exterior de un agradable café, el tipo de lugar con un nombre francés y muchas plantas colgantes. Las bebidas casi siempre eran del tipo que llevan pequeñas sombrillitas. A veces era una canción en la radio. Una vez fue Styx, cantando 'Mr Roboto'. Cuando estaba sobrio, estaba completamente sobrio. Cuando bebía, se emborrachaba. Si se despertaba al lado de una mujer, pensaba en Deenie, en el niño con la camiseta de los Braves. Pensaba en los setenta dólares. Incluso pensaba en la manta robada, la que había dejado en la alcantarilla. Puede que todavía estuviera allí. Si estaba, estaría mohosa.

A veces se emborrachaba y faltaba al trabajo. No lo echaban durante un tiempo – era bueno en lo que hacía – pero luego llegaba un día. Cuando lo hacía, le decían que muchas gracias y le montaban en un autobús. Wilmington se convirtió en Albany y Albany se convirtió en Utica. Utica se convirtió en New Paltz. New Palz dio paso a Sturbridge, donde se emborrachó en un concierto folk al aire libre y se despertó a la mañana siguiente en el calabozo con una muñeca rota. Después vino Weston, después de eso un asilo en Martha's Vineyard, y chico, *ese* concierto no duró mucho. En su tercer día la enfermera jefe olió alcohol en su aliento y fue adiós muy buenas. Una vez cruzó el camino de True Knot sin darse cuenta. No en la parte superior de su mente, de todos modos, aunque más abajo – en la parte que *esplendía* – había algo. Un olor, débil y desagradable, como el olor de goma quemada en un tramo de autopista donde ha habido un accidente grave no mucho antes.

Desde Martha's Vineyard tomó un MassLines a Newburyport. Allí encontró un trabajo en una casa de veteranos de esas donde nada importa demasiado, el tipo de lugar donde los viejos soldados a veces se dejan en sillas de ruedas fuera de consultas vacías hasta que las bolsas de orina se desbordaban en el suelo. Un lugar pésimo para los pacientes, pero mejor para gente jodida como él mismo, aunque Dan y algunos otros hacían tanto como podían por los viejos soldados. Incluso ayudaron a un par a acabar cuando llegó su momento. Ese trabajo duró un poco, suficiente para que el Presidente del Saxofón le diese las llaves al Presidente Cowboy.

Dan tuvo unas cuantas noches de borrachera en Newburyport, pero siempre cuando al día siguiente libraba, así que estaba bien. Después de una de esas mini juergas, se despertó pensando, *al menos dejé los cupones de comida*. Eso trajo el viejo concurso del dúo psicótico.

*Lo siento, Deenie, tú pierdes, pero nadie se queda con las manos vacías. ¿Qué tenemos para ella, Johnny?*

*¡Bueno, Bob, Deenie no ha ganado nada de dinero, pero nos deja con nuestro nuevo juego, varios gramos de cocaína, y una gran faja de CUPONES DE COMIDA!*

Lo que Dan tuvo consiguió fue un mes entero sin emborracharse. Lo hizo, suponía, como una forma extraña de penitencia. Se le ocurrió más de una vez que si tuviera la dirección de Deenie, le hubiera enviado esos sucios setenta pavos hacía mucho. Le habría enviado el doble si hubiera podido eliminar los recuerdos del niño con la camiseta de Braves y la mano extendida y abierta. Pero no tenía la dirección, así que en lugar de eso estuvo sobrio. Azotándose a sí mismo con látigos. Unos *sobrios*.

Luego, una noche pasó por un establecimiento de alcohol llamado el Fisherman's Rest [El descanso del pescador] y a través del ventanal vio a una rubia atractiva sentada sola en el bar. Llevaba una falda escocesa que terminaba a medio muslo y parecía sola y él entró y resultó que ella acababa de divorciarse y guau, eso era una pena, puede que quisiera algo de compañía, y tres días después se despertó con el mismo agujero negro en su memoria. Fue al centro de veteranos donde había estado fregando suelos y cambiando bombillas, esperando una oportunidad, pero de ninguna manera. No importa demasiado no es lo mismo que no importa nada en absoluto; casi pero no. Con las pocas cosas que había habido en su taquilla, recordó un verso de Bobcat Goldthwait: 'Mi trabajo seguía ahí, pero otro estaba haciéndolo'. Así que se montó en otro autobús, este iba a New Hampshire, y antes de montarse, compró un contenedor de cristal de líquido intoxicante.

Se sentó todo el camino atrás en el Asiento del Borracho, el que hay junto al lavabo. La experiencia le había enseñado que si intentabas pasar un viaje en autobús emborrachándote, ese era el asiento que había que ocupar. Cogió la bolsa de papel marrón, aflojó el tapón del contenedor de cristal de líquido intoxicante, y olió el olor marrón. Ese olor podía hablar, aunque solo tenía una cosa que decir: *Hola, viejo amigo*.

Pensó *Canny*.

Pensó *Mamá*.

Pensó en Tommy yendo al colegio. Siempre asumiendo que el viejo y buen Tío Randy no lo hubiese matado.

Pensó, *El único que puede pisar el freno eres tú*.

Este pensamiento había venido a él muchas veces antes, pero ahora le siguió uno nuevo. *No tienes que vivir de este modo si no quieres. Puedes, por supuesto... pero no tienes que hacerlo*.

Esa voz era tan extraña, tan diferente a sus diálogos mentales normales, que pensó al principio que la estaba tomando de otro – podía hacer eso, pero rara vez recibía transmisiones no pedidas ya. Había aprendido a apagarlas. Sin embargo levantó la vista para mirar el pasillo, casi seguro de que vería a alguien mirándole. Nadie. Todos estaban durmiendo, hablando con sus compañeros de asiento, o mirando el día gris de New England.

*No tienes que vivir de este modo si no quieres*.



Si fuera verdad. Sin embargo, enroscó el tapón de la botella y la puso en el asiento de al lado. La cogió dos veces. La primera la volvió a dejar. La segunda vez metió la mano en la bolsa y volvió a desenroscar el tapón, pero mientras lo hacía, el autobús entró en el área de bienvenida de New Hampshire que hay justo cuando se cruza la frontera del estado. Dan entró en el Burger King con el resto de pasajeros, deteniéndose solo lo suficiente para arrojar la bolsa de papel en una de las papeleras.

Inscritas en un lateral de la gran papeleras verde estaban las palabras SI YA NO LO NECESITAS, DÉJALO AQUÍ.

*Eso estaría bien*, pensó Dan, escuchando el tintineo cuando cayó. *Oh Dios, eso estaría bien.*